

EL DR. FERNANDO CAICEDO Y FLOREZ^L

«Hijo de nobles padres, nació en Suaita el 15 de julio de 1756. Curó filosofía y teología en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y obtuvo título de doctor en esas facultades. Recibió el presbiterado el 26 de julio de 1779. Fue pasante catedrático, dos veces vicerrector y tres rector del Colegio Mayor del Rosario e insigne benefactor de este plantel, al punto de que se le llamó segundo fundador. Fue cura de Coyaima, Hatoviejo y de esta catedral desde 1794 hasta 1802. Desempeñó largos años el cargo de capellán del monasterio de La Enseñanza, fundado por su tía, doña Clemencia Caycedo, instituto que protegió con inagotable generosidad. Dirigió la obra de reconstrucción de la catedral desde 1807. Sus muchos servicios constan en el libro que él mismo escribió con el título de «Memorias para la historia de la catedral». Fue miembro del coro catedral desde 1803, como medio racionero, y nombrado penitenciario en 1807. Fue miembro del consejo electoral en 1813 y allí hizo conceder a Nariño el grado de general. En 1816 fue aprisionado y expatriado por orden del Pacificador Morillo a España. Fue encerrado en la cárcel de San Sebastián de Cádiz y no obtuvo su libertad hasta 1820. Fue miembro del primer congreso colombiano. El 2 de febrero de 1823 fue elegido arcediano y poco después vicario capitular. Fundó colegio de ordenandos. Fue primer rector de la universidad central. A su costa se construyeron las capillas de la casa de ejercicios espirituales del Dividivi y del cementerio católico de esta ciudad. Fue electo arzobispo de Bogotá en 1827 y consagrado el 19 de marzo de 1828. Falleció el 17 de febrero de 1832. Sus restos tienen por mausoleo las bóvedas de esta metropolitana, que él levantó.»

Así reza la leyenda del magnífico óleo del primer arzobispo de Colombia, reproducido hoy por primera vez, cuyo original por donación del

Joris Rojas
TELÉFONO: 10 6 ROJO

DR. LUIS ALFONSO PINZON
OJOS, OIDOS, NARIZ,
GARGANTA

Con diploma de las Facultades y Hospitales de Bogotá, París y Burdeos. Horas de consulta de 9 a 12 a. m., y de 2 a 5 p. m. Calle 12, número 99. Teléfonos: casa, 14-23

señor canónigo doctor Francisco Javier Zaldúa, pertenece al museo nacional.

Quince días nos separan de la fecha en que el estado y la iglesia colombianos habrán de conmemorar el centenario luctuoso del insigne varón, que, a la cabeza del ilustrado clero granadino de 1810, llevó todo el peso de su autoridad y de sus grandes virtudes a la causa de la república naciente. Indispensable es que la de hoy le rinda el homenaje que piden los méritos del arzobispo-prócer.

Miembro de una de las más nobles y más ricas familias santafereñas, el señor Caycedo y Flórez consagró toda su fortuna a hacer el bien con mano pródiga; abrazó con júbilo la causa de la independencia; sufrió amargo destierro, donde se vio obligado a tender su mano de hidalgo a la caridad pública; padeció dura cárcel cuando ya los años habían blanqueado su bella cabeza; regresó a la patria, en los momentos en que la obra de su amigo el general Nariño se veía coronada por el éxito; aportó sus luces al congreso y mereció que la república postulara su nombre ante la santidad de León XII para el gobierno espiritual de la patria. Preconizado el 21 de mayo de 1827 y consagrado por el obispo Estévez el 19 de marzo de 1828, el señor Caycedo y Flórez fue el primero de los ocho arzobispos de la república.

Limitándonos por hoy a estas líneas, que habrá ocasión de ampliar en próxima fecha, queremos dejar en ellas consignado nuestro anhelo de que se haga el máximo esfuerzo por localizar el punto en donde yacen los restos del prelado eminente. Nosotros, aunque hemos hecho las investigaciones posibles, sólo sabemos que se hallan en la catedral. Ibáñez dice que «están en el panteón», pero no es cosa segura; más probable parece, según las informaciones que nos ha suministrado el doctor José Restrepo, sacristán mayor de la basílica, que se encuentren debajo del presbiterio.

Sería bello homenaje para conmemorar el centenario, colocar esas cenizas venerables en la preciosa capilla de Santa Isabel de Hungría, al lado de don Pedro Gual y frente a la tumba de Nariño. Allí está esperando el Precursor al íntimo amigo de su casa don Fernando Caycedo y Flórez, al legislador de 1813, a su compañero de infortunios y destierro en Cádiz, al primer arzobispo de Colombia.

Jorge Wills Pradilla



combate y a que nuestros oídos recibieran el bautismo del ruido de la pólvora siquiera, del cual estábamos todavía inocentes, ya que se presentaba la ocasión de ver un triunfo seguro y fácil.

Salidos de Fusagasugá con las primeras luces del día, llegamos a Sibaté como a las diez a. m., justamente en el momento en que llegaba el general Herrán del campamento del general Mc-Allister, y quien debía haber estado en ese sitio desde el día anterior para que hubiera tenido éxito el ataque a Soacha. Huelga decir que desde ese momento debía considerarse perdido el combate, salvo alguna casualidad muy improbable.

El general Herán nos invitó a seguir hacia Soacha, lo que hicimos quedando Herrán en el centro, Pichilí de un lado y yo del otro, rodeados por un grupo de oficiales, y seguidos por un batallón formado de uno en uno. Poco después de «La Unión» me pareció sentir ruidos extraños en el aire que no acertaba a explicarme, hasta que la polvareda levantada por el rebote de una bala a pocos pasos de nuestras cabalgaduras, se encargó de darme la explicación: estábamos bajo los fuegos que nos hacían de todos los ranchos y lomas de San Benito y cerros siguientes hacia Soacha. Con fieso que mi primer impresión fue volver riendas, ya que estaba en todo el peligro sin tener cargo alguno en el ejército. Vuelvo a mirar a Pichilí y me pareció leer en sus ojos la misma impresión. Ambos volvimos a mirar a los oficiales, y nuestras miradas se estrellaron contra aquellas caras impasibles y serenas, y no hubo más remedio que seguir, haciendo de tripas corazón, sin atrevernos a interrumpir aquella calma ejemplar y vigorizante. Esas gentes acostumbradas durante tantos años a caminar, comer y dormir, con la serenata constante del fogeo de los fusiles y el silbido de las balas, ya les era tan indiferente aquello como el cantar del pajarillo o el susurrar del viento. Las que silban no hacen daño, dijo alguno tranquilamente. Y como tanto el miedo como el valor son contagiosos, al momento se calmaron nuestros nervios y muy arrogantes llegamos hasta los corredores de la estación de Tequendama con todo el grupo. Allí Herrán mandó a su batallón a despejar de la colina más cercana una guerrilla conservadora que nos hacía fuego continuamente, y después se dirigió por el camellón al frente de batalla, donde el general Aya peleaba desde la madrugada con la División Sumapaz, esperando inútilmente la llegada de las tropas del general Mc-Allister».

A todas éstas ya era cerca de medio día. Juzgue, pues, el lector el resultado que podía tener un combate en que el comisionado con las últimas instrucciones para el ataque, en vez de entregarlas la vispe

Londres, gran pensador y gloria de Colombia, quien hizo los tres años de campaña con valor y energía admirables.

La retirada fue feliz, teniendo en jaque a las fuerzas del gobierno que no se atrevieron a continuar la persecución. Al aproximarse un poco las descargas salimos con los heridos de Sibaté y esperamos las tropas en las lomas del camino, a donde llegaron con gran vocerío, gritando unánimemente así: «Abajo el general Mac-Allister! El general Mac-Allister sólo quiere la destrucción de la división Sumapaz! Nos engañó el general Mac-Allister!». Y en el colmo de la indignación y al compás de estos gritos permanentes llegamos tristes y abatidos a Fusagasugá.

Estos fueron los hechos auténticos ocurridos por el lado sur de aquel ingrato día. Este fue el combate de Soacha tal como yo lo ví, tal como lo oí, tal como lo sentí, y tal como lo corrí. El lector deducirá de esta auténtica relación las responsabilidades consignadas, e impartirá su fallo sobre la justicia o injusticia del cargo lanzado por el señor Nieto a las fuerzas del general Aya.

Fue sólo a los tres o cuatro días de estar en Fusagasugá perplejos ante la conducta del general Mac-Allister, cuando llegó el capitán Julio Galindo con la noticia del rechazo de las fuerzas de Oriente, la muerte del nunca bien lamentado Manuel Villaveces, las heridas de Carlos José Espinosa y de Ricardo Gaviria Echeverri, y demás dolosas desgracias. Es de anotar que Ricardo Gaviria todavía calienta el plomo conservador entre pecho y espalda, y que con Roberto Wills representaban en el campamento, no a la juventud, sino a la infancia bogotana, y eran llamados los Benjamines de la revolución.

En resumen, pues, de esta relación de lo que vieron y palparon mis ojos, queda definitivamente establecido lo siguiente: el general Mac-Allister atacó a Soacha contan

\$1.00 TAX
BOGOTA
LA HORA TEL. 21-21

ANTONIO MARIA VALENCIA

con grado de Profesor y Concertista de la Schola Cantorum de París. Ha abierto sus clases particulares. Enseñanza pianística moderna (elemental secundaria y superior). Gramática musical (Teoría, Solfeo y Dictado). Armonía, Contrapunto y Composición.

Para informes: Teléfono 76-38, de 9 a 11 a. m.